



Barcelona, Abril 1950

LA UNIVERSIDAD Y ANGEL GANIVET

por Pedro G. de SANTAMARIA

Cuando Ruiz de Almodóvar planteaba en "El Defensor" el problema de la Universidad y hablaba, como antes, entonces y después, todo el mundo, de reformas, creyó que Angel Ganivet con su espíritu sutil y su originalidad incitante, daría algunas ideas que aclararan la debatida cuestión que aun hoy colea.

Ganivet se sale un poco por la tangente, pero, hombre universal — al fin y al cabo — echa también su cuarto a espadas y en un tono que presupone el más absoluto escepticismo titula así la décimotercera de sus cartas: "Donde el corresponsal resuelve a su modo la tan debatida y manoseada cuestión de la reforma universitaria". Y burla burlando aconseja, sin fe y por que no puede, lo menos que él querría ver en la Universidad.

En el fondo de este eterno planteamiento no se debate el ser — que el Estado asegura — sino el consistir que de cada Universidad depende.

Y el gran pensador reduce a tres puntos lo que él considera indispensable para el comienzo de ese necesario consistir sin el que cada día la resolución del problema será más difícil y la Universidad cumplirá menos con su universal misión.

1.º Las Escuelas de Bellas Artes quedan incorporadas a las Universidades.

2.º En las Universidades se darán funciones públicas científicas y artísticas.

3.º Los fondos recaudados por este concepto serán destinados al fomento de la enseñanza.

Sale al paso inmediatamente de los que podían considerar su plan como una chanza y dice: "Quienes en realidad dan un bromazo al país son los ministros que, puestos de gran uniforme suben a la tribuna parlamentaria y leen una ley de instrucción pública con arreglo a los últimos adelantos pedagógicos... sin querer convencerse de que una ley es obra social, y viene o debe venir mucho después. La reforma universitaria está en las universidades, no en el Parlamento; y lo que hace falta no son legisladores, sino hombres de acción y de sentido común que empuñen los zorros y sacudan el polvo a to que ha de llevarnos a nuestra afirmación primera."

Y aunque la cita es larga sigamos la ilación de los organismos e instituciones. "Las Universidades están sometidas a un poder centralizado, es cierto; más no hay centralización tan estrecha que no deje resquicio por donde asome la iniciativa individual. El hacha corta el árbol pero después salen los retoños si el árbol no está muerto. ¿Dónde están las iniciativas de las universidades, la promesa de que serían mejor si gozaran mejor de autonomía? Nuestras universidades son edificios sin ventilación espiritual. La ciencia que en ella se recoge es nociva, porque no sirve para crear obras durables, sino para armar el brazo de los pretendientes. De aquí mi idea de limpiar y ventilar, abriendo las puertas para que todo el mundo entre y contribuya con su presencia y su bolsillo a implantar de hecho la reforma universitaria."

Pero esto es incómodo y el Estado nodriza que pretende resolverlo todo y todo preverlo nos ha acostumbrado a una pasividad suicida que en todos los órdenes, y más que en todos en los que tiene una estrecha vinculación — ¿Cuál no la tiene? — con las urgencias sociales nos conduce en el mejor de los casos a ese fin que tanto horroriza a los que más defienden la ya lograda comodidad.

Lo fácil es "dejar que los alumnos, los buenos y los malos vuelvan las espaldas y se retiren coi el título enrollado bajo el brazo". La difícil "es conocer a los alumnos, escoger a los que valen, y dirigirlos, auxiliarlos para que completen sus estudios universitarios con otros especiales, en que la actitud, la iniciativa, el esfuerzo individual obren con más desembarazo.

Y para que esto ocurra no es necesario sino estrechar más las relaciones entre maestros y discípulos, disponer de fondos y distribuirlos con inteligencia y con justicia".

No es el Estado el que ha de atender a esas actividades universitarias que son la sal de la institución. "Para que una universidad emplee bien su dinero tiene que ganárselo ella misma."



Imaginemos a una sociedad dotada de todos los medios materiales necesarios y aun accesorios para la subsistencia de la humana colectividad y servida por el más envidiable conjunto de instrumentos técnicos, que hagan fácil, cómoda y agradable la convivencia social. Una sociedad que haya adquirido tan extraordinario grado de perfección, podrá ponerse como paradigma de la civilización — si ciframos en esta palabra la meta ideal de un ininterrumpido progreso material. Pero, no podrá, por ello, decirse que tiene que ser, necesariamente, una sociedad culta.

Si, por el contrario, un pueblo reúne a lo largo de su historia el más preciado repertorio de valores espirituales que darse puedan en un gran destino colectivo, pero las precarias condiciones materiales de su existencia impiden a las generaciones instaladas sobre su suelo, tener conciencia de estos valores, sentirlos y servirlos como propios, tampoco puede afirmarse, por ello, que ese pueblo ha de ser, necesariamente, un pueblo culto.

El limpio afán revolucionario de la Falange, ambiciosa para España — punto 23 de la norma programática — "conseguir un espíritu nacional fuerte y unido e instalar en el alma de las futuras generaciones la alegría y el orgullo de la Patria mediante una disciplina rigurosa de la educación".

Un imperativo de la hora actual del mundo ha hecho que la política del Estado procurase atender, con urgente y principal interés, problemas de índole material, económicos o sociales. En el campo industrial y del trabajo, se ha realizado un esfuerzo realmente extraordinario y puede proclamarse con orgullo legítimo que nuestra legislación social coloca a España en cabeza de muchas otras naciones. Pero, correríamos el grave riesgo de caer en el mismo vicio materialista que se pretende combatir, si descuidamos la tarea educacional que un más apremiante imperativo del momento exige de todos nosotros. Y tenemos que reconocer — no nos duelen prendas — que en este aspecto podemos exhibir más retórica de centenarios o exposiciones conmemorativas, que ofrecer obra viva, encarnada en el pueblo mismo. Y si no, ahí está, todavía, el vergonzoso problema del analfabetismo, que se aira periódicamente con los tópicos de siempre. Pero ¿cuánto tiempo tarda un hombre normal en aprender a leer medianamente? ¿Tres, seis meses? ¿Un año?...

Recientemente se ha conmemorado el octavo aniversario de la Victoria. Poco se ha avanzado en el curso de estos dos lustros. ¿Es que vamos a perder, de verdad y para siempre, la difícil y silenciosa batalla de la paz? Sólo un medio hay para evitarlo — al menos en este sector de la enseñanza —: apelando a "una más rigurosa disciplina de la educación".

Muchas cosas han tenido que quebrarse en el mundo, para que llegara a producirse la tremenda crisis que actualmente sufrimos. Y las causas de esta quiebra están, más que en la amenaza de la agresión comunista, en la deserción de las propias entidades sociales, que, tradicionalmente, han venido constituyendo como el armazón de la sociedad en la cual nos hallamos insertos.

Todo hombre — y con mayor razón una colectividad organizada —, cuando se siente decisivamente amenazado, reacciona poniendo en juego sus mejores recursos, no sólo materiales, sino también de índole moral: valor, dignidad, hombría, inteligencia, honor, nobleza. Pues bien; lo que mayormente ha de preocupar a quien contemple nuestro mundo en quiebra, es su desnuda indefensión, que no sabemos si calificar de párvula, o de senil y vitalmente agotada. Y, fácilmente puede observarse que mientras la sociedad occidental, puede encontrar todavía medios y recursos para defenderse en el terreno material, por la fuerza de la técnica y su organización, en el campo del espíritu, parece haber perdido toda capacidad para reaccionar. Ello se vio ya con la marcha de los grandes movimientos totalitarios nacionales, que no pudieron oponer diques espirituales a la vertiginosa desintegración de los principios morales y políticos en Europa, que justificó su aparición y provocó también su trágico fin. Y así, aunque aquellos lograron infundir en sus pueblos, los sentimientos colectivos de disciplina, abnegación y solidaridad nacionales, no acertaron a despertar virtudes de ejemplaridad social y de firme rectoría del espíritu.

Desgraciadamente, no puede afirmarse que España haya podido escapar a los funestos efectos de esta causa general. La demagogia explotada casi exhaustivamente por los políticos e "intelectuales a sueldo" más disolventes de nuestra historia, logró hacer mella hasta en sus propios contrarios, legándonos una sociedad encanallada, ávida de placeres y riquezas, insensible a las laceras que la envilecen de día en día, y que no parece haber aprendido nada de la cruenta lección de nuestra guerra, o quizás, escarmentada y cínica, se entrega ciegamente al disfrute de sus ilegítimos privilegios, por aquello de que "mientras dura, vida y dulzura"...

Es éste uno de los mayores males — si no el peor — de cuantos nos dejaron aquellos "cincuenta años de incuria y abandono" evocados ya hasta el tópico, y los cinco de ataque descuberto, contra las esencias mismas de España perpetrados por el desorden republicano, de cuyos trágicos efectos ha de ser sumamente difícil recobrase. La ostentación de lujo y riqueza realmente insultantes, por parte de aquellos que demuestran así cuán fácilmente han ascendido a las cimas de la "sociedad" por el delictivo camino del estraperlo, llega a constituir hoy una verdadera amenaza contra el orden social, por la natural y justa reacción que produce en quienes se debaten en la más absoluta miseria.

Decimos todo esto, porque nos duele hondamente en el alma esta España que tanto amamos, y no se nos curará el dolor, mientras no sanemos a España. Esto mismo decía, allá por 1934 — han pasado muchos años y muchas cosas desamónicas — aquel vivo ejemplo de buena voluntad, cuyo magisterio indiscutible venimos a airear desde aquí, José Antonio, que no fué un demagogo vulgar, sino un hombre de gran finura espiritual, "sabía distinguir"; poseía este claro don de la distinción, hoy olvidado y pisoteado por el universal culto a la masa, a la fuerza y a la mediocridad. Su sentido de la "comunidad nacional" no era el gregario afán de uniformar y confundir a los hombres según el plan totalitario. Y en esta comunidad que él apetece y vislumbraba, sin zánganos y sin esclavos, sin perezosos ni "aprovechados", sin explotadores ni explotados, las funciones a desarrollar han de ser muchas, tantas como brazos y cabezas tenga la nación, para contribuir a este gigantesco esfuerzo colectivo. Unos con el trabajo manual, que hay que dignificar, redimiéndolo de la proletarización materialista; otros, con el trabajo intelectual, al cual hay que devolver su carácter originario de profesión liberal, liberando en el verdadero sentido de la palabra, al intelectual hoy proletarizado o "engagé", ya aludido en estas páginas, y restituyéndole su espíritu de finura, su imponente poder de creación, de elaboración, de los que parece haber hecho suicida dejación, al subestimarnos, el mundo presente. Y "algunos", los mejores, los realmente selectos, los auténticamente "distinguidos", tienen el deber social de ejercer aquel delicado "magisterio de costumbres y refinamiento", tarea la más difícil y arriesgada de cuantas hemos enumerado, si se tienen en cuenta las condiciones en que se desarrollan las relaciones humanas en la zafia y mediocre sociedad de nuestros días. Sobre ello hemos de volver, machaconamente, algunas veces más.

B. O. E. de 9 de febrero de 1950: Orden de 31 de enero de 1950, por la que se nombra catedrático de la Universidad de Barcelona a don Francisco Fernández-Villavicencio y Arévalo.

Nuestra bienvenida y enhorabuena.

B. O. E. de 10 de febrero de 1950: Dirección General de Enseñanza Profesional y Técnica, aprobando los cuestionarios correspondientes a los cuatro grupos de ingreso en las Escuelas de Peritos Industriales.

B. O. E. de 11 de febrero de 1950: Dirección General de Enseñanza Profesional y Técnica, aprobando los cuestionarios correspondientes al primero y segundo cursos comunes para la carrera de Perito Industrial.

B. O. E. de 27 de febrero de 1950: Orden de 28 de enero de 1950, por la que se dispone que los profesores numerarios y adjuntos percibirán la gratificación anual

B. O. E. de 17 de marzo de 1950: Orden por la que se nombra al catedrático numerario don Baltasar Villacañas López, inspector de Enseñanza Media del D. U. de Barcelona.

Resaltamos la importancia de esa disposición para felicitar cordialmente a nuestro querido Decano señor Villacañas por su nombramiento. Una vida profesional exclusivamente dedicada a la enseñanza y un historial brillantísimo — catedrático numerario y ex-director del Instituto de Ceuta — avalan más que suficientemente su figura. No dudamos de que en su nuevo puesto sabrá brillantemente llevar a cabo su labor.

de 6.000 pesetas por acumulación y los ayudantes de Letras, Ciencias, Pedagogía y Labor, nombrados interinamente, el sueldo o gratificación de 6.000 pesetas, a partir del día 1.º de enero último.

B. O. E. de 20 de marzo de 1950: Orden de 16 de marzo de 1950, por la que se convoca un Concurso Nacional de obras de teatro para autores noveles.

B. O. E. de 11 de marzo de 1950: Por la que se nombra catedrático de la Universidad de Barcelona a don Luis Vallmitjana Rovira.

También a este nuevo catedrático de Barcelona damos la enhorabuena y deseamos los mayores éxitos en nuestra Universidad.

B. O. E. de 11 de marzo de 1950: Orden de 15 de febrero abriendo un nuevo plazo de 60 días para solicitar plaza en las oposiciones de Patología y Clínica Quirúrgica de las Universidades de Barcelona, Santiago y Zaragoza.

B. O. E. de 15 de marzo de 1950: Orden de 6 de febrero de 1950, por la que se otorga la categoría de Colegiado Mayor Universitario al denominado "Jaime Balmes" de Barcelona.



BOLETIN CULTURAL EDITADO POR LA DELEGACION DE EDUCACION NACIONAL DEL DISTRITO UNIVERSITARIO DE CATALUNA Y BALEARES

REDACCION: EN LA DELEGACION DE EDUCACION NACIONAL; JEFATURA PROVINCIAL DEL MOVIMIENTO, PASEO DE GRACIA, 38. BARCELONA

ESTE BOLETIN SE DISTRIBUYE ENTRE TODO EL PROFESORADO OFICIAL DE ESPAÑA Y A TODOS LOS COLEGIADOS EN CIENCIAS Y LETRAS DE BARCELONA



DE ENSEÑANZA MEDIA

Demasiados estudiantes. Esta es la frase que hace tiempo venimos escuchando, a quienes creyendo cumplir con un deber de patriotismo, señalando las cuestiones que merecen solución apremiante en el ámbito nacional del momento, se limitan a informar tímidamente en las páginas de algún diario, sin entrar en más detalles, noticias, como la existencia de esa "plétora estudiantil", abundante en cantidad que jamás alcanzaron las estadísticas y nula en calidad como aseveran esos mismos informadores.

En efecto, es cierto que existe una superabundancia de estudiantes a los que se les presagia por algunos, un porvenir profesional nada halagüeño; pues las dificultades de orden económico como consecuencia de la postguerra y el sentido práctico en que se ha tomado el desenvolvimiento de la vida desde hace algunos años, no han sido al parecer motivos suficientes para disuadir a la masa escolar en el empeño de seguir una carrera universitaria. Las últimas estadísticas acusan la existencia de a más de 33.000 alumnos en el Examen de Estado y cerca de 36.000 en las Facultades de todos los distritos universitarios, sin contar las Escuelas especiales.

Se ha hablado de recurrir al "número clausus" aplicado a las Facultades, como medio eficaz para evitar esa avalancha estudiantil innecesaria; pero el procedimiento tampoco resolvería la cuestión, por dejar al margen de empleo inmediato, a los numerosos Bachilleres que no ingresarán en la Universidad y que difícilmente se adaptarían después, a desempeñar un empleo burocrático.

Es necesario atajar el mal de raíz, y éste reside fundamentalmente entre otras causas, en una catastrófica concesión de la Ley Sainz Rodríguez: en el privilegio que tiene hoy todo Colegio reconocido en aprobar o desaprobar lo mismo que los Centros oficiales del Estado, a los alumnos que realizan el Examen de ingreso para los estudios del Bachillerato. Si a esto se añade el que esos mismos alumnos tampoco verifican después ninguna prueba oficial durante los siete cursos en que privadamente realizan sus estudios, he aquí el motivo de la existencia de esas masas de Bachilleres en ciernes, que acuden todos los años a probar fortuna en el Examen de Estado, sin un previo reconocimiento a fondo de sus aptitudes para el estudio.

Si el Estado se desentiende de ejercer la fiscalización que únicamente a él compete, en cuestión tan importante como es el vigilar la iniciación de unos estudios que deben estar sometidos a normas fijas para que el nivel en su preparación permanezca constante, ¿cómo evitar que por esa falta de inspección adecuada, degeneren ya en sus comienzos la Enseñanza Media, en una simple pugna de competencia comercial entre los diversos Centros, para ver cuál logra la adquisición de mayor número de alumnos?

Porque no se argumente que es la buena calidad de la enseñanza de un Centro lo que hace acudir a éste la gran masa es-

colar, no; los hechos están demostrando continuamente que las facilidades que encuentra el alumno para llegar al séptimo curso, son los motivos que éste tiene para acudir a tal o cual establecimiento docente; mientras que se van despoblando todos aquellos Centros en los que se mantiene constante el nivel en las pruebas de Examen.

Urge, por consiguiente, encauzar esa masa estudiantil, que permaneciendo alejada de toda inspección oficial docente, durante siete años, se juega con un cero en los breves instantes que dura la contestación de una pregunta del ejercicio oral, por ejemplo, la preparación adquirida durante siete años, no muy concienzuda las más de las veces y difícil de mejorar para las convocatorias siguientes. Pues son bastantes los estudiantes que no pudiendo pasar las pruebas del Examen de Estado, se quedan en esa edad crítica de los 17 años en situación difícil para seguir una profesión manual, que a muchos de ellos les repugna emprender, y en la que tal vez hubieran hecho labor eficaz si hubiesen sido desengañados a tiempo en el conocimiento de sus verdaderas aptitudes.

Para evitar estas contingencias, es pro-



eiso realizar a fondo una selección en el Examen de ingreso y verificar pruebas intermedias, las necesarias, en los siete cursos que duran los estudios del Bachillerato. Tiene vital importancia una adecuada preparación para verificar el Ingreso, ya que la experiencia viene demostrando, que la simple escritura al dictado "con cierta corrección" y el conocimiento de la tabla de multiplicar para hacer una división por tres cifras, que hoy se exigen como principios básicos, no bastan para seguir después ni con mediano aprovechamiento si-

quiera, los tres primeros cursos del Bachillerato. De todos los escolares que actualmente pasan las sencillas pruebas del Examen de Ingreso, sólo un 36 por 100 pueden seguir normalmente los vigentes programas de estudio.

Si se tuviese en cuenta cómo varía el desarrollo intelectual de los 10 a los 12 años y el que a esta última edad muchos de nuestros escolares manifiestan ya una marcada tendencia, bien definida para las aptitudes manuales, o por su disposición para el estudio, resultaría que retrasando la edad actual del Ingreso, hallaríamos a los colegiales no sólo mejor capacitados para el Bachillerato, cuya duración podría reducirse a seis cursos, sino que muchos se orientarían por otros senderos diferentes, evitándose fracasar en los primeros años de la Enseñanza Media y contribuyendo indirectamente a facilitar una labor que todavía está por resolver: el problema de la Orientación profesional.

¿Quién duda que con estas medidas y un concienzudo Examen de Ingreso practicado únicamente en Institutos Nacionales de Enseñanza Media, no se reduciría la cantidad de Bachilleres al número razonable de los que sólo vale la pena que adquieran esos estudios?

Precisamente a este respecto nos viene a la memoria el procedimiento de selección operado en las Aufbauschule. Someten durante quince días al alumno a una sucesión de pruebas graduadas, consistentes principalmente en ejercicios sobre el idioma y cálculo, además de aplicarles una serie de "tests" psicológicos; los alumnos que desuellan en estos ejercicios como capaces para seguir una enseñanza superior, sufren durante otra semana nuevas pruebas con objeto de descubrir mejor sus aptitudes. A los incapaces se les recomienda el tipo de Escuela profesional más adecuada que deben elegir.

De mayor interés todavía, son las pruebas intermedias que deben hacerse mientras duran los estudios del Bachillerato; pues debiendo ser éste, un exponente máximo de cultura general, y para muchos, antecala de los estudios universitarios, es preciso que, durante este período escolar, cada alumno se oriente definitivamente según sus especiales aptitudes, aprendiendo a estudiar, pensar y discurrir para que después, tanto en la vida cotidiana como en la Universidad si llega a ella, sea capaz de valorar y asimilar las diversas cuestiones que plantea el pensamiento humano.

Al que no tenga fuerzas para llegar a esta meta, oriéntesele a tiempo hacia la Escuela profesional más adecuada.

Este es el camino a seguir con los escolares, que no es nuevo, sino bien conocido en todos los medios profesionales de la Cultura y de la Enseñanza; lo demás, que ya lo hemos oído muchas veces, son retóricas traídas para defender una situación de privilegio especial, que ha mercantilizado vergonzosamente la Enseñanza Media, y cuyas lamentables consecuencias las estamos cosechando ahora.

A. C. T.

EL CONOCIMIENTO DEL CARÁCTER INFANTIL

Desde los tiempos de Salomón constituye un aforismo la sentencia de que "tanto los grandes pensamientos como las grandes acciones salen del corazón". Entendiendo por corazón en este caso el núcleo profundo de la personalidad, núcleo en el que se concentra la esencia de las energías físicas, cordiales, intelectuales, espirituales, cuya síntesis da la medida de lo que el hombre es capaz. El carácter es la resultante de todos estos sistemas de fuerzas que integran la personalidad humana, por eso el carácter constituye algo así como la síntesis de la persona; por eso la formación del carácter es el mayor empeño de la educación.

Pero así como para influir sobre un carácter adulto hay que conocerlo previamente, para poder ayudar a la formación del carácter infantil es indispensable conocer primero las líneas fundamentales de la personalidad del infante que determinarán un día el carácter del hombre que saldrá de ese niño. Hay que conocer la naturaleza, la intensidad y el sentido de las energías físicas, cordiales, intelectuales, espirituales del niño, así como las circunstancias de su vida. Sólo de ese modo se puede intentar encauzar esas energías de modo que el carácter se centre, si es menester se corrija y siempre se fortalezca. Nadie sería tan loco como para intentar una mezcla ni mucho menos una combinación química sin conocer los componentes de la mezcla o de la combinación que se desea. No menor locura constituiría tratar de encauzar un carácter sin conocer los elementos fundamentales que integran ese carácter.

Ahora bien, tratándose de niños y tanto más cuanto menores sean los pequeños en edad, ¿es posible conocer las líneas que determinan el carácter, a primera vista tan caprichoso, de la gente menuda? ¿Estas líneas persisten a través de toda la infancia y son las mismas que continúan en la edad adulta? ¿Puede ayudarse a encauzar y fortalecer las positivas y a eliminar o por lo menos atenuar las negativas?

He aquí las tres cuestiones fundamentales a este respecto, cuestiones que brevemente vamos a tratar de contestar.

Pueden desde luego conocerse y determinarse con bastante precisión las líneas fundamentales del carácter infantil. La observación y el trato con los niños las muestran muy claras a los buenos educadores. Pero este camino de la observación es largo, lento; no todos los educadores son capaces de ver claro y a veces sume, a los buenos, en tales perplejidades que hace indispensables, o por lo menos muy convenientes otras pruebas.

En cuanto a si las líneas fundamentales del carácter persisten

durante toda la vida, es cosa que de modo matemático no se ha comprobado, pero ya dice el antiguo refrán que lo que "entra con el capillo sale con la mortaja". Y hasta la observación superficial muestra que en efecto, desde pequeños dan los niños fe de lo que luego serán. Ciertamente que muchas veces se producen cambios notables, pero esos cambios se refieren sobre todo a la evolución natural de los modos de ser en relación con las circunstancias y son frecuentemente cambios previsibles en sus líneas generales. A pesar de todos los cambios posibles, nunca el cabeza dura se convierte en cabeza blanda, ni el muy tímido en audaz.

En cuanto a si es posible ayudar a fortalecer las líneas positivas, creo que no hay duda en contestar afirmativamente. Fortalecerlas, encauzarlas, no cambiarlas. Ningún amaestramiento puede lograr en un año el comportamiento de un jabalí, de la misma manera que ninguna educación puede convertir a un niño de poca fantasía en un artista creador. Todos los intentos en este sentido son a más de vanos, contraproducentes. Esto conviene mucho no olvidarlo. Ahora bien, si para tratar de encauzar o fortalecer, de educar en suma un carácter, say que conocerlo previamente y para conocerlo con la relativa seguridad que se pueden conocer estas cosas casi siempre es preciso ayudar a la observación directa, por otra parte indispensable, con elementos que permitan un buen diagnóstico que siempre es más difícil en el niño que en el adulto, ¿de qué elementos podemos disponer para lograr este conocimiento?

Varias son las pruebas empleadas con los adultos. Para los niños, aun para los párvulos, a pesar de que sin duda por no haberlo aplicado había opiniones en contra, nos ha dado excelentes resultados entre los 4 y 7 años, la prueba de Rorschach. Con ella y comprobados luego por la observación y trato diarios en la clase, queda patente:

Si se trata de un introvertido, es decir, de un sujeto de vida interior, que ve al mundo dentro de sí mismo, o si por el contrario es un temperamento vertido hacia afuera, bien dotado para las relaciones con sus semejantes,

Si es concentrado, reflexivo, atento, raciocinador, o por el contrario es un superficial, más o menos cabeza de chorlito. Si es un temperamento apto para recorrer únicamente con meticulosidad los caminos trillados, si por el contrario se trata de un temperamento creador, de un organizador, o de un inestable incapaz de equilibrio. Si tenemos delante a una fuerte personalidad con gran poder crítico, poco dócil, hasta testarudo, o bien un temperamento variable, sugestionable con facilidad, de voluntad débil en manos de los que le rodean e influyen sobre él. Si es un espíritu delicado o un espíritu burdo; si es un impulsivo, un "genio pronto", llamada de virtuosos, o un reflexivo, reconcentrado; si se trata de un genio franco, o de un temperamento bien dotado para el disimulo. Si es tímido, audaz o agresivo, si existen en su

personalidad desviaciones patológicas y muchas otras particularidades.

Todo esto y mucho más hemos comprobado en más de 150 párvulos de 3 a 7 años. En algunos, más precoces, quedaba el carácter claro de 3 a 4; pero correctamente de 4 a 5, queda tan claro como en el adulto. La observación escolar diaria y a veces las manifestaciones de las mismas han corroborado casi siempre los resultados de la prueba. A veces, hasta nos ha servido para aclarar perturbaciones que con la sola observación no nos podíamos explicar.

Y ante estos resultados experimentales, confirmados por la diaria observación, convencidos de que el conocimiento de las líneas fundamentales del carácter infantil abre caminos insospechados en el campo educativo, no podemos menos de preguntarnos:

¿No valdría la pena de hacer exploraciones serias en este sentido y mejorar las pruebas, que sin duda son susceptibles de mejora?

Pero eso sí, que se trate de observaciones serias, hechas por quienes estén bien preparados para ello y que reúnan las condiciones de preparación, objetivismo y honradez científica opuestas a la ligereza, frivolidad y hasta cursilería en que frecuentemente degeneran estas cosas en cuanto "todo el mundo" se cree capacitado para llevarlas a cabo.

CONCEPCION SAIZ-AMOR



EL PLAN DE LA ESPECIALIDAD UNIVERSITARIA DE FILOSOFÍA

Hablamos en el número anterior de los problemas que planteaba una escasamente estudiada "Metodología Universitaria", absolutamente necesaria para colocar en una situación definitiva a maestros y discípulos, fundamentada en un estudio concienzudamente científico del papel de cada uno de ellos. Vamos a ver hoy los resultados que el nuevo plan de enseñanza en la Facultad de Filosofía y Letras ha aportado al problema.

Los estudios de Filosofía han ido progresivamente complicándose a partir de la Edad Moderna. El que defiende, enarbolando falsas banderas científicas, que la Filosofía permanece en una situación estacionaria, poco a tono con el "Progreso" de las Ciencias, demuestra conocer bien poco del desarrollo moderno de las disciplinas filosóficas. Pero el que inten-

te contestar a aquella imputación abriendo el muestrario de divisiones de la Filosofía, multiplicadas en el pasado siglo como movimiento de salvación ante la invasión técnica, se pone falsamente en el terreno del imputador. El espíritu científico positivista, que a casi cien años vista domina aún a nuestros especialistas en la Ciencia, les hace comprender poco y mal el papel que la Filosofía cumplía en la ordenación de las Ciencias. No nos referimos a la incompreensión fundamental que consiste en declarar a la Filosofía sin objeto alguno, absorbido por el de las Ciencias especiales. Nos parece que, afortunadamente, hemos salido ya de tal estadio. Pero parte de ese espíritu colea aún hoy, y se manifiesta en concebir típicamente al filósofo como "especialista en Filosofía", como un odontólogo lo es de la dentadura.

A esta concepción "especializadora" correspondió la dirección filosófica del pasado siglo. Y de ella surgieron una serie de acotaciones al campo de la Filosofía, entendidas como disciplinas especiales. De ella surgieron la Filosofía del Derecho, de la Historia, de la Religión, la Sociología, la Filosofía de la Ciencia... y hasta la Filosofía de la Filosofía. Del "daimon" se pasó al microscopio filosófico. Y así como el "daimon" tenía el peligro de la falta de sistema, la especialización tiene el peligro de la pérdida de visión de conjunto. Y en el siglo anterior la dirección positivista tiene ese principal resultado: perder la visión conjunta, lo cual en la Filosofía quiere decir perderse a sí mismo.

La especialización se ha demostrado como conveniente en las Ciencias. Para la progresiva complicación de la materia científica no hay más remedio que acotar el campo. Y hoy ya está acotado en las múltiples esferas de las profesiones científicas. Es término común el de "especialistas", y se le une sin dudar a la noción de "el que sabe más de un asunto".

Pero a la Filosofía no le cabe tal consuelo. El filósofo debe enfrentarse con la totalidad del problema si no quiere perderlo en la multiplicidad de campos a que se le aplica. Los problemas del conocimiento, de los universales, etcétera, se aplican a todas las ciencias, y la aplicación de los problemas básicos a cada ciencia especial se puede llamar "Filosofía". Además, a una sociedad abusivamente especializada como es la nuestra le son extraordinariamente necesarios ombres capaces de abarcar los problemas fundamentales (lo cual no quiere decir enciclopédicos) de la Filosofía.

Pero el plan de estudios de la Facultad de Filosofía y Letras, especialidad de Filosofía, de la actual Universidad española parece ignorar estos problemas metodológicos fundamentales. Su único objeto parece ser acumular exhaustivamente las materias que

pueden tener un ligero tinte filosófico. Los cursos penúltimos y último de la carrera, sobre todo éste, constan de una serie de asignaturas que atomizan los problemas del mismo modo que en las facultades científicas o técnicas se secciona repetidamente el conjunto de materias. Pero, lo que es peor, este seccionamiento se hace de un modo asistemático y falto aún del sentido científico, que, a falta del filosófico, debiera por lo menos de existir. Si nos ponemos a dividir debería existir una "Filosofía de las Ciencias Naturales y Exactas" —utilísima hoy día— lo mismo que existe una Filosofía de la Historia o del Derecho. ¿O es que se sigue considerando, tradicionalmente, la Metafísica, teología naturalis? Porque si es así se realiza una mezcla de concepciones extraordinaria. Y más vale adoptar un solo sistema que dos.

Creemos que los problemas siguen siendo los mismos, y que se debería estudiarlos ordenadamente, por problemas, y no por disciplinas a las que se aplican. Solo existen, en realidad, unos cuantos problemas fundamentales que deberían ser desarrollados exhaustivamente en forma de lecciones magistrales alternadas con sesiones socráticas. Un curso de clase diaria de Lógica y Metodología, Dos cursos de clase diaria de Metafísica, Uno de Teoría del Conocimiento, Dos de Antropología Filosófica en general (Psicología, Ética, etc.), y uno de Cosmología deben bastar para una formación filosófica de iniciación profunda. Mediten sobre ello los que tengan en su mano la modificación del plan vigente.

PEQUEÑO GLOSARIO A UNA LEY

Declama pomposamente la famosa Ley del inclito exilado señor Sáinz Rodríguez: "El depósito sagrado de la genuina cultura de España, a costa de tanto heroísmo salvado, exige de aquellos que han sido llamados a custodiarlo y a transmitirlo los cuidados más abnegados y las más hondas preocupaciones, que han de traducirse sin vacilar, en primer término, en aquellas reformas radicales que el porvenir de la enseñanza española imperativamente requiere".

El que esto escribe y muchos de mis camaradas ayudamos empuñando las armas o sufriendo en la cárcel a salvar el sacro tesoro, y somos por tanto los primeros interesados en prodigarle desvelos y abnegación, y hasta nos sentimos capaces de aplicar, para su acrecentamiento, las más audaces re-

formas. Para colaborar en la empresa con el mando acude LAYE a la palestra. Desde este artículo dedicado a la Enseñanza Media, un catedrático de Instituto hace, por todos sus compañeros, profesión de heroísmo, de abnegación y de reforma.

"Iniciase — continúa hablando don Pedro Sáinz — con la reforma de la parte más importante de la Enseñanza Media: el bachillerato universitario, porque el criterio que en ella se aplique ha de ser norma y módulo de toda la reforma". Cierta la oración principal de esta compuesta. Hallábase España en el período álgido de la Cruzada, la batalla del Ebro. El cuartel general del Generalísimo radicaba a la sazón en Pedrola y allí, si no estoy mal informado, en el Palacio de los Duques del Quijote, en un paréntesis de breve calma, vió su primera luz la criatura. Toda prisa era remanso ante la catástrofe que fabricaba sobre España el bachillerato entonces en uso. No era ya el damasado injustamente combatido plan de 1903 ni el Callejo ni el Tormo, sino un engendro de la república pero ya bautizado y por ende cristianizado y españolizado, y tan mudado ya que su madre no lo hubiese podido fácilmente reconocer. Pero don Pedro es monárquico y fué implacable con el plan. No quiero, dijo él, republicanos conversos. Arrojámosle de sus palacios presidenciales, los Institutos, y busquémosle raudos un sucesor. Cuando estas líneas escribo, un Rey pundonoroso de una brava lación ha ganado un plebiscito democrático. Pero no ha sido abrumadora la mayoría y las puras esencias democráticas no le permiten ser Rey de una parte de su pueblo aunque ésta sea la más numerosa. Don Pedro es también demócrata — por lo menos ahora — pero no tanto que pudiera esperar a someter su ley a las Cortes españolas. Se acercaba un catolicismo nacional y, llevado de su reconocido amor patrio, aceleró los trámites y así España, en septiembre del 1938, sonrió satisfecha. Bien empleada era toda la sangre derramada por los bravos Altéres provisionales para lavar las manchas de sus propios bachilleratos. Nuestros alumnos de Enseñanza Media iban a desempeñar el papel filantrópico de conejitos de indias. Ensayados con ellos los novísimos procedimientos se aplicarían luego a los distintos grados de enseñanza. No podemos dudar de que tales eran los propósitos de don Pedro; pero sufrió un día cierto desvanecimiento y dió al traste con todos sus salvadores proyectos no sin haber estentóreamente gritado: ¡Qué gran ministro pierde hoy España! Su ley sigue sin embargo en pie. Es el caso que la piedra filosofal que trocaría en el precioso metal todas nuestras escasas profesiones es "la separación de la labor docente de la examinadora" con su secuela obligada "al examen de Estado". Malas consecuencias han debido de traer el uno y la otra; porque a la nuestra han seguido la Ley de Ordenación Univer-

sitaria y la de Enseñanza Primaria y continúan los Catedráticos de Universidad forjando cultísimos Licenciados y Doctores, y los Profesores de Escuelas del Magisterio creando abnegados maestros, como antes y ahora han salido de los Seminarios directamente los sacerdotes y de las Academias los militares y de sus Escuelas los ingenieros y los peritos y los profesores mercantiles, y hasta de las Escuelas preparatorias de los Institutos extraen los pipiolos tan ufanos sin examen de ingreso en las aulas de primer curso. *Semper, et ubique* — hablamos en España — es examinador el docente con tal que no sea catedrático de Instituto. Ibamos a irritarnos contra esta ofensiva desigualdad pero los Profesores de Instituto hemos preferido redoblar nuestra labor docente en justa correspondencia a la amputación sufrida en la nuestra y muy nuestra examinadora. Don Pedro tuvo que reconocer paladinamente "los merecimientos del Cuerpo de Catedráticos de Enseñanza Media", nuestra "labor patriótica y abnegada" y nuestros "laudables esfuerzos".

Vamos a continuar en el esfuerzo, en la labor y en el mérito. Aunque sea "de congruo" mereceremos un día la proscripción de la Ley Sáinz Rodríguez de Enseñanza Media. Al fin y a la postre bueno es que la hija se junte con el padre en el destierro.

F. L.



A. A. A.

Auxiliares... Adjuntos... Ayudantes... He aquí al verdadero estado mayor de la Universidad moderna. En muchas de nuestras Facultades, su número supera al de los Catedráticos numerarios. En todas, su eficacia docente es manifiesta.

En el profesorado auxiliar se recogen los universitarios que sienten y sirven fielmente una auténtica vocación docente; los que, cabalmente, habrán de garantizar la continuidad histórica de la nobilísima función del magisterio intelectual, renunciando a otras "salidas" más fáciles y lucrativas. Los adjuntos y ayudantes de nuestras cátedras merecen, por su fidelidad y gratitud ejemplares hacia la Universidad, una mejor consideración por parte de ésta. Hay que restablecer las jerarquías morales auténticas de la sociedad. Empezando, naturalmente, por el Catedrático, cuya responsabilidad y servicio hacia la

sociedad misma, son iguales — si no mayores — que los de un general o un banquero, por ejemplo, y conste que todas las comparaciones son odiosas. Y, revistiendo al restante profesorado del decoro académico a que su importante misión les hace acreedores. Pues, si a un profesor adjunto o ayudante de cátedra se le confía en ausencia del catedrático titular, el deber y la responsabilidad de enseñar a los mismos alumnos que aquél, la diferencia de jerarquía académica no debe ni puede entrañar desdoro alguno hacia la usignatura, ni defraudación para los alumnos que, al abonar sus matrículas adquieren, evidentemente, el derecho a disponer de un profesorado eficiente.


Tales consideraciones podrían parecer gratuitas e innecesarias — aunque algo cabría aprovechar, de todos modos —, si los profesores ayudantes limitasen sus funciones a encargarse como auxiliares, de las clases prácticas. Bueno sería que existieran y se cuidaran con exquisito celo tales clases. Pero en el momento en que determinadas circunstancias — que se debe tender a que sean realmente excepcionales — exigen que el profesor adjunto ocupe una cátedra universitaria, la Universidad misma debe velar por la dignidad de la función docente.

En resumen; bien están — y todo el rigor en la exigencia nos parece justo — las pruebas de aptitud, los concursos y oposiciones para lograr que las plazas de profesores ayudantes, adjuntos o auxiliares estén desempeñadas por intelectuales con auténtica vocación y de probada eficiencia. Pero, a mayor exigencia, mayor honor. Y una remuneración, también honorable. No miserable.

Lo dicho debe hacerse extensivo también y "además de todo lo otro" (frase que evidentemente encierra un doble sentido y una segunda intención y por eso va entrecomillada) a los profesores adjuntos de los Institutos de Segunda Enseñanza, quienes, tras licenciarse en una carrera difícil, y ganar unas duras oposiciones, perciben una remuneración de 460 pesetas mensuales y vienen obligados a desempeñar 18 horas semanales de clases.

Mientras esto suceda, no habremos más, por favor, de la proletarianización de los intelectuales o del hundimiento de la clase media. Ni debieron aplaudir con tanto fervor, algunos, cuando el ilustre Röpke nos habló de ello en el Aula Magna. Porque, amigos, es una vergüenza...

INTELLECTUAL
POLITICAL



UESTRO breve artículo, publicado en el número anterior, sobre la traducción de los términos científicos, exige para llegar a la conclusión que nosotros proponemos, una descripción de varias plumas y trazos gruesos de los conceptos de intelectual y político, intereses de tema y sus relaciones. Debemos decir que el tema es difícil y más que profundamente en el — labor ardua, que exige el ensayo y no el artículo —, que nos tenemos que desviar en torno al tema con la esperanza de que esta divergencia sirva, a que no para una total captación conceptual, si, por lo menos, como sugerencia de posibles caminos a seguir, y revisión de algunos de los seguidos por quienes con más autoridad nos preceden en la materia.

La abundancia de puntos de partida nos permite lanzarnos a la investigación desde cualquier ángulo. Por ejemplo: es evidente que el problema que se plantea en el fondo de toda elucubración de este tipo es el problema de la constitución del espíritu. Si por espíritu entendemos — hacederos cargo de Scheler — los caracteres que el espíritu humano introduce en el mundo, en el mundo objetivo, en el mundo social con vida íntima (plantas e *impulso instintivo* (animas) — en el estudio de los caracteres del espíritu humano nos encontramos con los caracteres de los elementos constitucionales que son, como veremos, la base de las actuaciones del intelectual y del político y sus determinantes vocacionales.

conductivos del espíritu? ¿Cuáles es su esencia? Veamos las tres peculiaridades que, según Scheler, caracterizan al "ser espiritual": la independencia, su autonomía o libertad esencial frente a los lazos de la "vida", y también de la inteligencia impulsiva propia de esta. No sujeto a sus impulsos y a los lazos del mundo circundante el "ser espiritual" está abierto al mundo y puede elevar a la dignidad de objetos los centros de *resistencia* y *reacción* de su mundo ambiente en los que el animal se pierde *cautivo*. Por tanto, puede elevarse en proporción a la fuerza de su mundo de objetos sin la limitación que este mundo de objetos o su presencia experimenta por obra del sistema de impulsos vitales y de los órganos y funciones sensibles en que se funda. Espiritus es constituentemente, *objektivitativ*, es la posibilidad de ser determinado por la manera de ser de los objetos mismos. Pero es más: la facticidad y posibilidad de convertir en objeto la primitiva resistencia al impulso hace que cuando el hombre la vierte sobre sí pueda convertirse en objeto de sí mismo.

El "ser espiritual" toma conciencia de sí mismo y está en la tarea de ser lo que caracteriza el espíritu. Libertad, objetividad, conciencia de sí mismo, ya tenemoslos definidos los rasgos esenciales de la condición del espíritu. Sin embargo, en el hombre se dan con mayor o menor intensidad estas tres características. Normalmente no aparecen en muchos rasgos, sino en posibilidades espirituales. Es más, hasta tal punto que lo que nosotros podemos decir que lo que caracteriza al hombre es su posibilidad espiritual. Porque, además, el espíritu en otra como un factor de determinación no es como un factor-directo de realización en la vida física, y la cultura humana. La energía vital humana es dirigida, encauzada por el espíritu, pero esto no tiene dinamismo original. Esta importancia del espíritu exige una energía que pone en marcha el mecanismo espiritual y que proporciona una de las características secundarias que determinan la principal "libertad" y que es la facultad de negación y protesta ante la vida física y por ende, la libertad humana. La posibilidad de energía vital completamente humana, que es la facultad de negación y protesta ante la vida física y por ende, la libertad humana. La posibilidad de energía vital completamente humana, que es la facultad de negación y protesta ante la vida física y por ende, la libertad humana.

lectivo o filosófico, de alguna manera la culpa del espíritu. Pero en realidad se da otro tipo fundamental de hombre espiritual muy distinto en su forma de vida a la que se trata del artista, del creador, que hombres mencionamos a hombre de frecuente positividad de contacto con la profunda vida del espíritu y que llega a ella por la vía del contacto ya mencionado. Su material del contacto ya es, en sí, intelectual; opera, consiguientemente, en el mundo de la cultura. Y no necesita poseer el tiempo ascético, de aquel, aunque siempre a su creación le exija llevar a cabo actos ascéticos de negación y reducción, de renuncia, de transformación interior.

La obra de arte lleva consigo una verdad conquistada. No la Verdad, definitivamente, total. Ni, aun, una verdad precisa, claramente determinada, sino la revelación de la obscuridad fundamental humana. Este es el sentido de la obra de arte, a cualquier otra obra creada para a cualquier otra obra creada, el último truco del hombre. En este sentido se equidista, y que nunca debe perder de vista. Este es el sentido de la obra de arte, a cualquier otra obra creada, el último truco del hombre. En este sentido se equidista, y que nunca debe perder de vista. Este es el sentido de la obra de arte, a cualquier otra obra creada, el último truco del hombre. En este sentido se equidista, y que nunca debe perder de vista.

[illegible]

El hecho de que en el artículo anterior caracterizásemos al intelectual y al político como seres concretísimos fué debido a que al insertar un artículo en defensa del intelectual contra una acusación

CAMPO DE ACCION DEL POLITICO

UARECE que nuestra modesta publicación se ha propuesto poner sobre el tapete un

matena que excede de sus posibilidades. Es el de la relación política-intelecto, de intentos fundacional para todos los que sigan una profesión intelectual. Consientes de que el espacio de que disponemos es absolutamente insuficiente para abordar el tema, vamos a rozarlo de nuevo, solamente para sugerir algunas ideas al que esté en situación de desarrollarlo.

La oposición entre las figuras del intelectual y del político hacen necesario un compromiso de coexistencia. Parece que los campos se están interfundiendo continuamente: el intelectual "engage" y el político visionario (i) son las figuras mixtas y, como tales, destinados al fracaso. Pero vemos: estos campos ¿cuáles son? ¿quiza si los delimitásemos encontraríamos una fórmula de coexistencia.

Del campo intelectual creemos que todos tenemos una idea: Es el terreno acotado de la hipótesis. El intelectual deja de estar inmerso en el mundo para plantearse como objeto.

Sin embargo, el campo de lo político es problemático e imposible de determinar *hic et nunc* en toda su complicación. A primera vista se observa que lo único que hace el político es

—es la que distingue lo político de lo político— es la que distingue lo político de lo político.

La reacción primitiva del intelectual al sentir su intelecto esclavizado por el poder público es, orgulloso de su alto rango espiritual, intentar colocarse en

Con eso cree salvar su independencia y la de los demás. Para ello puede seguir dos rutas, de acuerdo con su posición intelectual. O estar un poquito a

— tipo “realista” — de las que

él es el más profundo conocedor, el que debería dictar al político su modo de actuar. Aparte de ello está la graduación que el intelectual establece, colocando su propia forma de vida por encima de la del político (3).
Vamos, sin embargo, qu

nos que en los puntos
sobre el propio campo de acción
Schmitt (4) caracteriza la política
como "acción política", "político",
"político" por la distinción *omnigeno*
humana en que intervenga
posibilidad de una guerra que
de por ella tendida de cariz po-
lítico. Este tema, aplicado a
"conducción actividad", no difiere
de la acción política de la
de puramente *abstracto* (5), sin
que cambie la substantialidad de
la acción. Schmitt se cifra mucho de
separar radicalmente la "conducta
de *enemigo*" de la de "cooperación
relativa" o "abstracto". Demos-
trando la diferencia la guerra de la
para una acción o concurrente

ta. «¿La construcción misma de la guerra, por lo tanto, no posee las entidades existentes y públicas de esa guerra? La construcción "primaria" del mundo hace del tipo político el único capaz de ordenar los factores para la clara distinción entre el bien y el mal. Por tanto, el político autónomo objetivo — no ya sólo esa entidad — de la Política. Es la máxima acción».

(1) Entendámonos sobre este término equívoco: llamo "visionario" aquí, a que es dirigido más por una ideología que por las necesidades de la acción.

(2) "Fundamentos de la Política."

(3) "Mirabañ o el político", de Joaquín Barceñón, 1932.

- (4) "Concepto de lo político". Ed. Española 1944.
- (5) Como cree Comte en "teoría y Sistema de las Formas políticas", págs. 72.
- (6) "Teoría y Sistema de las Formas políticas", págs. 72.

(7) De Wahlens: "La Filosofía de Martin Heidegger", pág. 300.

(8) "Mirabeau o el político", págs. 225.

(9) Nos excusamos de hacer aclaraciones sobre esta tercera instancia que en la crisis, agobiados por la bibliografía, Stimmel, Spengler, Toyabe, Ortega y Gasset y toda la dirección filosófica his-

"El sentido objetivo de la actividad política consiste en reducir la pluralidad de los actores sociales a unidad, mediante la organización y activación de la realidad social histórica dentro de un espacio determinado" (6). Esta definición puede ser la ca-

facturación intrínseca de lo político, y la de Schmitt la extrínseca. Oremos que con amplitud queda acotado el campo sustancial. Esta visión unitaria de la actividad social hay que vivirla a la vez que se realiza, incluyendo en actividad, desde ahora que, según Hegel, el desarrollo sea una punta del vilo del "Sein/Es" (7). No hay que insistir en que esta forma de actividad es irreducible a la posición intelectual. Prescindiendo de la vida del político es "contra-objeto", dice Ortega, algo "contrario" a la del intelectual. No es el activador, sino ámbros en su propia realidad (8).

Ahora bien, ¿quiere usted decir que la actividad política en su afán unificador, desea intervenir, como ha sido hasta ahora, un sometimiento del intelectual a esa unidad? Eso sería perder toda objetividad. La postura del intelectual como "hipostasizador del mundo" — mientras sea solo eso y no un mero propagandista — a sueldo del partido contrario al que detenta el poder — no debe estar empujada por un criterio de sometimiento al color político predominante. Pero tampoco el político deberá ser tirado en su modo de vivencia intuitiva, intentando disuadir un campo que es de su exclusiva incumbencia.

De esa ocurrió cuando los campos de ambos se cruzan antitéticamente. Que sea cuando no coincide la visión — por así decirlo — predominantemente intuitiva del político con la "rational intellectual". Pero entonces, ese será el desgranaje irreducible de que, en uno o en el otro campo, una verdad "manifiesta" — es decir, independiente de su modo de ser conocida (o cada uno no quiere decir "in se") — ha sido conocida. Y entonces hay que apelar a una tercera instancia, que llega con talidad histórica: la crisis (9).



EL PROBLEMA DE EUROPA

Si la presencia activa de esa obra multi-secular que es la vida de nuestra civilización, va tornándose cada vez más problemática, la humanidad toda ha tomado conciencia de esta realidad, precisamente desde que la vida misma de Europa se ha convertido en el problema común de cada día y de todas las horas de nuestra existencia amenazada.

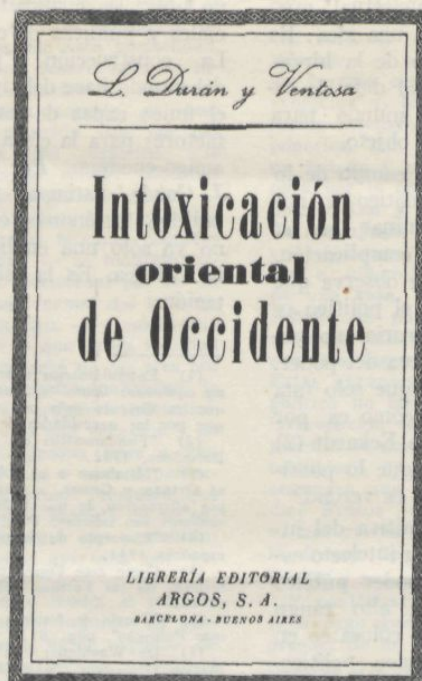
Los que, desde la torre de su campanario aldeano lanzan románticas sanciones contra las guerras, creyendo poder así escapar a sus efectos, como quien se libra de una angustiosa pesadilla al despertar, parecen no haber advertido que esas periódicas catástrofes constituyen en fenómeno biopolítico consubstancial con nuestra imperfecta condición y que la historia misma, avanza inexorablemente, saltando por encima de las trincheras o las tumbas en que la vida sepulta a millones de muertos.

Más si esas guerras pueden soportarse, es gracias a que en sus sangrientas entrañas se genera el rico caudal de esperanzas, que habrá de restañar las heridas del hombre, llegada la paz. Así se "explican" las dos últimas guerras, de las que somos vivo testimonio los hombres de nuestro tiempo y hallan también su explicación, las efímeras trasguerras que las siguieron. Sólo así se justifica aquella clamorosa ingenuidad con que estalló la esperanza acumulada desde el 14 al 18, en el castillo de los fuegos artificiales de la Sociedad de las Naciones; si bien es cierto que aquella guerra había sido precedida por uno de los más largos periodos de paz de la historia moderna —que entonces llamaban "contemporánea". En 1945, el severo escarmiento repetido, hizo que se pretendiera convertir aquellas bienintencionadas esperanzas de paz, en una petulante seguridad, afianzada sobre el juicio de los "criminales de guerra" perpetrado en Nüremberg. Pero, una vena incontenible de aquella ingenuidad que engendra la esperanza mientras ruge la guerra, afloró nuevamente en muchos espíritus, corporeizándose en la ONU, y en millares de cuartillas emborronadas para reprobar y condenar unas ideas, unos hombres o unas actividades históricas convertidos en ocasional *bouc émissaire* de la monótona cadena de pequeñas culpas individuales que engendran luego graves pecados colectivos.

Ahora bien, el momento decisivo no es el del estallido de la guerra, ni el que sigue a la paz, con su trágico balance de daños y víctimas y con la penosacarga de responsabilidades que la obra de la reconstrucción entraña, sino aquel en que, silenciosamente, sin pena ni gloria, sin el acompañamiento de música heroica y triunfal, se desvanece hasta la última de las esperanzas, gestadas y florecidas entre duros sufrimientos y subimes sacrificios. Esta es la hora crepuscular de Europa, que la aguja del reloj de la historia señalan entre 1948 y 1949. Es el momento en que, en el panorama de la creación intelectual —y del negocio editorial— los reportajes de guerra, los documentos y memorias personales, la "pequeña historia" del mas reciente acontecer, dejan paso a otros libros que reflejan la madura conciencia de la gravedad y responsabilidad del momento que se vive. Al desenfadado realismo literario de la postguerra, que pretende "justificarlo" todo, sucede un vivo sentimiento de angustia, que pone de manifiesto la honda preocupación ante el sincero reconocimiento del fracaso de todas las ilusiones y esperanzas.

¿Cómo reaccionan ante esta situación los hombres de las dos generaciones que viven, como superpuestas, el mismo momento histórico? No es difícil averiguarlo. Para eso están ahí, recientes, frescos todavía —porque los ensayos no envejecen tan rápidamente como aquellos "reportajes" del día— los libros de dos claros políticos inेतelectuales: "Intoxica-

ción oriental de Occidente", de don Luis Durán y Ventosa (1), y "El problema de Europa", de George de Uscatescu (2). Al enjuiciar las obras habrá que tenerse presente, constantemente, que sus autores pertenecen a generaciones distintas —separadas por casi 40 años de vida— y formadas en dos épocas históricas no sólo disímiles, sino francamente antitéticas. El señor Durán y Ventosa pertenece a la generación que vivió intensamente las épocas, llenas de paz, que emparejan la guerra del 14 y para la cual, ésta no fué sino un desagradable incidente. El escritor rumano Uscatescu forma parte de una generación gestada durante la primera guerra mundial y trágicamente envejecida, a flor de su adolescencia, en el curso del último conflicto bélico; es decir, la generación que ha vivido con cruel intensidad la guerra y para la cual, la paz ha sido un accidente episódico. Si se admite —y hemos pretendido demostrarlo ya al comenzar este comentario— que paz y guerra son los ingredientes de que se compone la historia, fácilmente observaremos que el aislarse en el Olimpo de la ensoñada paz pretendiendo desoír el rítmico pisar del guerrero, invalida tan absolutamente el juicio objetivo de la realidad histórica como el tremendismo apocalíptico de quien únicamente tomara en cuenta las circunstancias de bélica alteración. Una ponderada estimación de los valores políticos, sociales y económicos que entran en el azaroso juego de entrambos elementos, nos pondrá sobre la pista del más claro juicio. Y, a nuestro parecer, la obra de Uscatescu, a la vez amplia y concreta, más completa por estar proyectada hacia el futuro en vez de recogerse nostálgicamente hacia el pasado, en el recuerdo de lo perdido, está más cerca del verdadero camino, que el alegato, un tanto trasnochado del ilustre político de la Lliga.



La tesis que el señor Durán y Ventosa sostiene a lo largo de su obra vá explícitamente enunciada en el título de la misma. Ahora bien, si entre los diversos síntomas de la enfermedad que Europa padece, figura ciertamente el de la intoxicación de elementos orientales, antes de entrar en el examen de la que el autor entiende por Oriente (es decir, cuál sea la línea geográfica tras la que se recoge todo lo oriental) y de si los efectos que atribuye a tal intoxicación son propiamente orientales —conceptos ambos muy discutibles— una cosa debe reconocerse ya de

antemano: que entre los males de Europa, figuran, con carácter preponderante, los de origen occidental, es decir, los propiamente europeos. El no querer reconocerlo así, vicia por completo el juicio que emite el señor Durán y Ventosa, a lo largo de las doscientas y pico de páginas de su libro, al cual, además y dicho sea de paso, el hecho de haber sido escrito originariamente en catalán y traducido al castellano, perjudica extraordinariamente, hasta el extremo de no poder dilucidarse si el responsable de la singular construcción de algunos párrafos de difícil lectura e indigesta asimilación es el propio autor vernáculo, o su infiel traductor.

Si el planteamiento de la obra nos parece falso, su contenido es rico en atinadas apreciaciones acerca de la prioridad de los valores espirituales sobre los meramente técnicos o materiales en el desarrollo de la civilización, y en la enumeración de la serie de errores que el mundo occidental padece y que suponen un evidente retroceso en el camino de la civilización: la debilitación del sentido del derecho, el empleo de la violencia, de la mentira, del arbitrio del poder, de la tiranía de la comunidad sobre el individuo, y en general, los distintos aspectos que reviste la pérdida de la libertad en la sociedad moderna. Pero, sin el menor atún peyorativo, tenemos que reconocer que tales afirmaciones, hoy, no pasan de constituir una colección de vulgaridades. Efectivamente, existen todos los males y ello vá tan en serio, que así está Europa. Mas, la explicación de que el foco de la infección está en Oriente y que la contaminación se ha producido por la tradicional vía de invasión al través de los pueblos eslavos y germánicos, que han obrado así, como vehículos portadores de gérmenes nocivos, es absolutamente insatisfactoria. Porque, ¿puede admitirse que Francia o Italia o Bélgica hoy, sufren las consecuencias de que en la Unión Soviética exista la privación de libertad de expresión para sus ciudadanos? Si Europa no sufriese de otro mal que éste —y todos los demás que el señor Durán y Ventosa señala como legítimos productos de la mentalidad oriental— podría vivir sin preocupaciones respecto a su porvenir y tranquilizarse a sí misma con la casita expresión: ¡Ahí me las den todas! Pero, ¿es que, acaso, el nacionalismo chauvinista, el frío socialismo teórico o el rencoroso marxismo clasista, son creaciones orientales? ¿Y el protestantismo? ¿Y la materialista tecnificación que ha deshumanizado a la sociedad? ¿Y la proletarianización de que nos habló Röepke, consecuencia directa de ese fruto típico de la civilización occidental que es el capitalismo?..

El señor Durán y Ventosa no puede haber escrito su libro, sin haber leído antes una obra tan imprescindible como la de Walter Schubarth, "Europa y el alma del Oriente". Y si ésta no le era desconocida, ¿cómo se ha dejado "intoxicar" hasta el extremo de silenciarla —que también es una forma de propagar "la mentira en la vida política"? Pues, sabido es, que, cuanto de malo para Oriente se encierra tras el *telón de acero*, es fruto de Occidente —marxismo, estatismo socialista, materialismo ateo, etc.— mientras que lo realmente peligroso para Europa es, aparte de su propia íntima desintegración, el odio ancestral contra todo lo europeo —es decir lo frío y anticristiano, materialista y herético— que la ortodoxia dostoyevskiana, expresión culminante del mesianismo ruso, alimenta, aun inconscientemente, en el alma eslava, hoy como ayer.

Uno de los más vivos y dramáticos alegatos escritos en defensa del espíritu del hombre europeo acosado por la ola de materialismo, y salido de una pluma también rumana, es la novela "La hora veinticinco". Pues bien; su autor, Virghil Gheorghiu, sustenta la te-

sis de que en la guerra que se avecina —la "cruzada en defensa de la civilización occidental y cristiana" dirigida, esta vez, por los norteamericanos contra Rusia, ha estallado ya— el Occidente lucha contra una rama de la propia civilización técnica que ha engendrado. Oriente, "el alma de Oriente" no participa en esta revolución interior occidental; "la lucha actual es un choque entre dos categorías de "robots" que se sirven de esclavos humanos"... Tal sería el final catastrófico de esta civilización "que ha sustituido los altares por mesas de oficina."

Pero Uscatescu, lo hemos apuntado ya, no participa de esta tesis negativa, derrotista. Como certeramente se enjuicia en el prólogo de su obra, "piensa, de acuerdo con el proverbio chino, ante la situación europea, que es mejor encender una vela que maldecir la oscuridad". Para Uscatescu, Europa padece, no una intoxicación oriental, sino una "inva-

GEORGE USCATESCU

EL PROBLEMA DE EUROPA

Colección "Cuadernos Europeos"

Madrid

sión vertical de los bárbaros" frente a la cual no caben barreras defensivas fronterizas ni telones de acero. Tales invasores, frenéticos de revancha de siglos, contaron también con la ayuda de su "caballo de Troya", que el intelectual francés, Julien Benda ha calificado como la *trahison des clercs*. Las masas de nuestros días son materialistas y ateas, porque antes lo fueron las "élites" intelectuales de hace medio siglo, y dentro de otro cuarto de siglo, las muchedumbres serán lo que hoy nuestros actuales intelectuales. La crisis de Europa, se nos aparece ahora claramente motivada por la crisis de su minoría dirigente; su resurrección solo será posible si esta minoría resucita. Por ello propugna Uscatescu, tras la "rebelión de las masas", por una "rebelión de las minorías".

"La disputa entre las doctrinas conocidas pertenece a un mundo de fantasmas. El Estado liberal on puede resucitar porque también la Historia ha adquirido un ritmo que no admite retrocesos. El estado marxista no puede imponerse porque se funda en postulados y contradicciones mostruosas que tienen a convertirlo en un nuevo Leviathán. El Estado que se basó en la experiencia nacionalista totalitaria, ha muerto también en medio de la derrota y de los compromisos revolucionarios". "Crisis del doctrinarismo político", "Recuperación de los valores políticos europeos" y "Formas sociales del porvenir" son los enunciados de los tres últimos capítulos del libro de Uscatescu y en los que se pone de manifiesto cuán profunda y tensamente ha meditado el autor sobre el futuro de nuestra civilización. Tanto, como el señor Durán y Ventosa sobre el pasado. Y ahí está la posición-clave, que puede reogerse en una última frase del joven escritor rumano: "No se trata de propugnar un nuevo eclecticismo doctrinario, sino de realizar una síntesis fecunda que, teniendo en cuenta las experiencias del pasado, podrá abrir el camino del porvenir."

Individuo, comisario y persona

Al reflexionar sobre la suerte de nuestro mundo, unas frases de Valery acuden inconscientemente a la memoria. Son las famosas meditaciones sobre la muerte de la civilización y la suerte de Europa. "A force de savoir que nous sommes mortelles, nous autres, civilisations, nous en sommes venues a nous demander si nous n'étions pas moribondes".

Los once últimos años han quebrantado más la posición de nuestro continente que los diez siglos precedentes. Rara vez, desde que el mundo es mundo, el hombre ha sentido más intensamente su solidaridad con las comunidades de que forma parte y rara vez le han parecido esas comunidades tan abocadas a una pronta descomposición. Quizás esa gravedad que todos ven en la liberación de la energía atómica se deba precisamente a que los átomos humanos de la sociedad están desintegrados desde hace mucho tiempo, están sumergidos en un peligroso libertinaje.

Abordar los problemas que esta crisis representa, resulta particularmente difícil al intelectual. Tiene que repetir lo tantas veces dicho, tiene que sopesar los hechos, que enderezar verdades deformadas por tanta letra impresa, que correr a cada instante el riesgo de caer en el tópico. Y sobre todo, tiene que combatir la desconfianza que nuestro siglo siente hacia la palabra. ¿Cómo disipar la idea de que un ensayo, unas cuantas páginas escritas tienen bien poco peso en una evolución que está poniendo en juego masas inmensas de hombres y bienes? ¿Cómo evitar que se diga que son palabras, sólo palabras, soplos leves, capaces sólo de rizar un poco el mar atribulado del mundo, pero impotentes para cambiar la fría fatalidad de las mareas?

Pero los problemas son tan latentes, tan vivos, que el intelectual tiene que correr el riesgo. Puede parecer tópico lo que digo, puede parecer oscuro, ingenuo o inoportuno. ¿Y qué? Sus palabras, aunque despreciadas, invitan y ayudan a reflexionar sobre los problemas que el mundo tiene planteados. Porque, a fin de cuentas, el determinismo económico no es tan rígido, aun para los que creen en él, que impida a las ideas seguir, inmutables, su camino. Aunque las ruinas de las civilizaciones que se derrumban aplasten al pensador, no por eso disminuirá la intensidad del pensamiento.

De algunos años a esta parte acostumbramos a considerar natural la división del mundo en tres grandes grupos: América, Europa y la URSS. División jactanciosa y por supuesto, provisional. Pues siendo el primero y último de estos grupos unas gigantescas concentraciones de fuerza, terminarán fatalmente por disputarse la hegemonía, aplastando de paso al tercero en discordia. O sea, Europa.

Los espíritus europeos, preocupados por la amenaza, se han apresurado a "tomar posiciones", utilizando un léxico castrense que no viene del todo mal en esta ocasión. Estas posiciones van desde el más negro pesimismo al optimismo más blanco, o si se quiere, más rosado.

Entre los pesimistas se cuenta un escritor de la última hora: Constantin Virgil Georgiu, rumano exilado y autor de "La Hora Veinticinco" (1). Con una rotundidad completamente latina, Georgiu niega la división del mundo en tres grandes grupos. A su juicio sólo existen dos: América y Rusia. La línea Stettin-Tréste es su frontera, una frontera erizada de bélicos preparativos y

capaz de inflamarse al menor roce. La guerra es para él inevitable, tan inevitable que llega ya a describirla en su libro antes citado.

Otros, en cambio, componen la falange de los optimistas. Denis de Rougemont es uno de ellos. En su obra "L'Europe en jeu" invita al europeo a reflexionar sobre las probabilidades de supervivencia y su derecho a sobrevivir. La partición del imperio de Carlomagno, en el tratado de Verdún, creo entre la potencia francesa y la germánica una Lotharingia, región que ambas fuerzas se han estado disputando durante más de mil años. Las rivalidades de las potencias en región de los Dardanelos mantuvieron durante más de un siglo una Turquía languideciente, que en la jerga diplomática de aquellos años se la llamaba "el hombre enfermo".

¿Será Europa el nuevo "hombre enfermo"? ¿Seremos la Lotharingia del mundo? ¿Tiene el "enfermo" posibilidades de supervivencia dentro del estado actual del mundo?

De acuerdo con su optimismo, Denis de Rougemont responde afirmativamente. La Federación europea le parece, más que una posibilidad, una necesidad absoluta. La edad atómica tiene sus imperativos y uno de ellos, por no decir el más importante, es la unidad de Europa. Europa terminará por unirse, porque ese es su único camino de salvación.

Contrastando con el "¿para qué?" pesimista de Georgiu, Rougemont grita bien alto su "porqué". Hay que salvar a Europa "porque" Europa representa el punto exacto de la personalidad humana. La civilización capitalista, a la americana, favorece el desarrollo del hombre aislado, del individuo incapaz de aglutinarse en una unidad superior. La civilización comunista, a la rusa, hace del hombre un soldado político, una pieza ciega de esa unidad superior. Sólo Europa es capaz de conseguir el equilibrio entre ambas posiciones. El hombre típicamente europeo es, con palabras del propio Denis de Rougemont, "l'homme de la contradiction, l'homme dialectique par excellence". Ni individuo, ni militante: persona. Esa persona que, según Georgiu, se ha visto absorbida por el "ciudadano", híbrido de hombre y máquina.

Pero si el rumano cree que no hay salvación posible, que la civilización occidental está condenada a perecer a manos del "ciudadano", cuya culminación es el "comisario", el francés, en cambio, confía en la conjunción del individuo con la persona. Según él, la civilización europea podría ser beneficiaria de productos técnicos y a cambio, "humanizar" la vida del hombre, pues es en Europa donde el hombre tiene la memoria más extensa y más rica de sí mismo.

Así, mientras Constantin Virgil Georgiu describe, con tintas desesperadas la situación de Europa, pensando acaso en sus tierras rumanas sacrificadas en Yalta, sin esperar nada, como el hombre que ha sido y sigue siendo juguete de un destino superior, Denis de Rougemont especula, quizás entreviendo inconscientemente la silueta de los soldados americanos que acuden a salvar a Francia, con una Europa donde "individuo" y "comisario" se funden en una armónica "persona".

(1) "La Hora Veinticinco", por Constantin Virgil Georgiu. Luis de Caralt, editor. Barcelona.

(2) "L'Europe en jeu", por Denis de Rougemont. Editions de la Baconnière. París.



Están de moda las cifras terceras. La "tercera posición" en política internacional, la "tercera fuerza" en política interna, el "tercer camino" en economía. Ahora, el cine nos ofrece "El tercer hombre".

Naturalmente, ese hombre número tres del cine no tiene en apariencia nada que ver con la posición número tres de la política internacional o interna, ni mucho menos con el camino tercero de la economía. Pero resulta curioso establecer la similitud de cifra, ya que — en el fondo — el "tercer hombre" posee, aunque a primera vista no parezca así, ciertas puntos de contacto con la política y — ¿por qué no? — con la economía.

Comencemos por decir que el guión de "El tercer hombre" se debe a Graham Greene. Escritor católico e inglés, se ha hecho famoso por la valentía con que ha acometido siempre sus temas.

El guión de "El tercer hombre" sin tener la profundidad de estas obras, procura recoger un latido vital en la Europa de nuestros días. Ambientado en Viena, sin duda podría haberse realizado en cualquier parte. ¿Pero es que existía un escenario mejor que la antigua ciudad imperial, desnuda de esplendores, llena de ruinas, ocupada por rusos y por americanos, símbolo vivo de la Europa que ha muerto?

"El tercer hombre" desarrolla en imágenes el tema de Europa. Vemos a los lectores austriacos homenajear a un escritor americano, por el mero hecho de serlo, sin tener en cuenta sus méritos y su obra. Vemos a ese escritor, triste escritorzuelo de novelas "del oeste", apabullado, sin saber cómo reaccionar ante la interrogante de una cultura milenaria. Contemplamos un mundo triste, de mercado negro, de desplazados, de ruinas materiales y morales, donde se mueven unos seres turbios, que unas veces guardan restos de pasadas grandezas (el abrigo de pieles del barón) y otras adoptan aires de "gangster" americano (el equivoco señor Popesco). Y finalmente escuchamos como música de fondo a ese desfile espectral, el vibrar de la cítara, en un tema monótono, obsesional, que tiene también un mucho de nostálgico.

Europa está en cada uno de los planos de "El tercer hombre". Con sus pugnas, sus luchas, su sangre... Pero también con sus genios, su cultura, su alma. Se halla tan presente, que en un momento, el propio "tercer hombre" dice: "Sangre y muerte... ¿Y qué? También en Italia, en la época de los Borgias hubo sangre y muerte. Y dió al mundo un Renacimiento, un Leonardo de Vinci, un Tintoretto. En cambio, Suiza, en muchos siglos de paz y democracia, ¿qué ha dado al mundo? El reloj de cucu...".

¿Puede darse mejor retrato de nuestra Europa?

El gran maestro Eugene Bigot, que no hace mucho tiempo dirigió en Barcelona la célebre orquesta "Lamoureux", en unas declaraciones desde la radio de Barcelona afirmó que la música de nuestro tiempo se dirigía hacia directrices "beaucoup plus intellectuelles". La frase, ciertamente, no tiene nada de original. Parece el juicio de cualquier partitura postromántica emitido por un vulgar concurrente al Palacio de la Música. Pero encierra una matización más sutil. Quiso decir el maestro, habida cuenta de su conocimiento de la música de nuestro tiempo, que se había superado no ya la gran música del siglo XIX, sino también la impresionista y la descriptiva del nuestro. Y que actualmente nos hallamos en una edad austera, de perfeccionamiento técnico y de cultivo de un "purismo" intelectual.

Pero creemos que las palabras de Bigot adolecen de una vaguedad comprensible. Es aventurado dar opiniones sobre lo último porque, por ser lo que estamos viviendo, es difícil colocarlo objetivamente. Hay que matizar el sentido de la expresión "música intelectual". Puede tener varios: el primero, el del cultivo técnico del sonido, el "purismo" propiamente dicho cuyo ejemplo genuino es la primera época (no la actual, de la que conocemos tan poco) de Stravinsky.

Otro sentido tiene la expresión "música intelectual": el de una expresividad sumisa a temas especulativos. Esa puede ser, por ejemplo la directriz de los grandes poemas sinfónicos de un Strauss. Es, más que intelectual, música "literaria" o "filosófica". Brahms es un buen ejemplo. De este tipo de expresividad musical Europa salió, cuando las fórmulas de conocimiento intelectual no fueron ya construcciones arrebatadoras de masas, al menos en el mundo occidental. Una excepción es la música rusa, artificialmente cual le da una falsedad temática que contrasta con su perfección técnica (Shostakovitch, Prokofiev).

Pero aún existe un tercer sentido de la expresión. Y es en él donde encontramos enclavada a la música de nuestro tiempo. Se trata de buscar una mayor profundidad expresiva, de inspiración exclusivamente musical que huye tanto de hablar exclusivamente al corazón como a la cabeza. Y esta es la fórmula que enlaza tanto a la música actual, "intelectual" por la intención de profundidad, "cultural" por su intención expresiva, con la música del siglo XVIII, que también era intelectual y cultural, conjugándose en una humanidad profunda. Y de esta nueva música damos algunos ejemplos en el número anterior. No se confunda esto con la falsa "vuelta a Bach" del cubismo, de la que hablaremos otro día, cuando se tercie.



"El Corral" — Teatro de la Juventud — ha nacido con el exclusivo objeto de dar a conocer autores noveles. La empresa es arriesgada y mucho nos tememos que quede en simple ensayo. En la actual crisis teatral española, confiar en los noveles no deja de ser una agradable ilusión de los eternos optimistas.

"El Corral" llega, pues, para llevar a cabo una labor ingrata y difícil. Quisiéramos que obtuviera en la trayectoria que se ha propuesto los mayores éxitos. Pero éstos dependen, en absoluto, de la calidad de los autores presentados. Y ésta, hasta ahora, no ha sido todo lo brillante que "El Corral" necesitaba. Los autores que han estrenado son Julio Angulo y Gordón y Paso — madrileños — y Giovanni Cantieri y Francisco Sitjá — de Barcelona —. Las obras de los autores madrileños — "De 2 a 4" y "Un tic-tac de reloj" — ya estrenadas, no aportan nada nuevo, pero están escritas con cierta dignidad. Sin embargo, son flojas y no justifican su presentación. De Giovanni Cantieri, por las muestras presentadas — "Donna Primavera" y "Sobre el muerto" — cabe esperar muy poco. Sus diálogos son casi siempre gratuitos y se pierden, en "Donna Primavera" en un inconsistente lirismo y en "Sobre el muerto" en un dramatismo desproporcionado. Francisco Sitjá, autor de "Círculo abierto", nos ha molestado por su insinceridad, por su barata utilización de las pasiones humanas. Es una lástima, porque su obra está bien escrita y hay fragmentos de diálogo que alcanzan una indudable belleza. Su tesis, empero, es poco profunda, excesivamente superficial y, en ningún modo, una constatación adecuada al "Huis-Clos" de Sartre.

Cuenta "El Corral" con un cuadro bastante aceptable de jóvenes actores — entre los que destacan María Pura Belderrain, siempre a tono, y Eulalia Soldevida, más desigual pero igualmente buena actriz — y una magnífica dirección escénica.

Los comentarios que han merecido recientes exposiciones de artistas jóvenes en Barcelona (nos referimos a la de Pong, Cuizart y Tapies en el Instituto Francés, a primeros de este año) y en Madrid (la reciente del "Grupo de los once", a la que han contribuido esos tres catalanes) nos inclinan a dar una idea esquemática de cuáles son los propósitos y cuáles las directrices de la actual "pintura abstracta".

Ante la llamada algo despectivamente "pintura abstracta" dos son las posiciones que adopta la mayor parte del público no picado aún del aguijón del "snobismo": o declara humildemente que no la entiende o se burla de ella reaccionando así vengativamente ante lo que considera una descortesía del pintor con el que se toma la molestia de darse un pasito por la exposición.

A su vez, los "entendidos" oponen su desdén a las risas, abogando por un arte "para iniciados".

La pintura abstracta no lo es tanto como se dice. Ni tan difícil como algunos quisieran que fuera. El abstractismo cuenta con una serie interminable de acólitos para los cuales todos los epítetos del público ignorante son pocos, y que se refugian en una fórmula difícil para ocultarnos su absoluta vacuidad. Ellos son los culpables de toda la justificación incomprensión. Pero de tantos modos la pintura abstracta tiene valores, se marca propósitos y cumple una finalidad. Vedámoslo.

Tiene todos los valores de la obra de arte: plástica, armonía, habilidad de composición, técnica, movimiento y todos aquellos que cumplen en el Arte una función decorativa. No solamente posee valores plásticos, sino expresivos: tiende a ser siempre la manifestación de una concepción intelectual o idea, de una creencia o de una situación anímica. Otras veces tiende a descubrir el substrato inconsciente del hombre (surrealismo). Por tanto, sólo realiza abstracción en cuanto prescinden de un "argumento" enlazado de acuerdo con la lógica de la percepción de objetos exteriores.

Y, por último, cumple con una finalidad: la de liberar a los pintores actuales de la peligrosa borrachera de sensualismo y de la fácil copia fotográfica. Por lo tanto, la pintura abstracta en general cumple un fin en la Historia del Arte, por encima de toda la idiotéz "Snobica" elaborada en su torno.

Hay, pues, que suspender todo juicio preconcebido y acercarnos cautamente al arte llamado "abstracto" (nos damos cuenta de la inexactitud omnicompreensiva de nuestra expresión). Simplemente contemplarlo, y comprobar al mismo tiempo los valores que se realizan en él, los propósitos que persigue el artista y los fines que efectivamente cumple. Sólo así empezaremos a entenderlo.





GEORG ZACHARIAE: "Confesiones de Mussolini" - Barcelona 1949

En los cinco años que llevamos de post-guerra han aparecido numerosos libros de "memorias". Desde el revelador "Diario" de Ciano hasta el hipotético de Goebbels, pasando por las impresiones de una secretaria de Hitler, transcritas por un oficial del ejército francés (!). Todos los que, de una manera u otra, tuvieron algún contacto con los personajes que protagonizaron la contienda, se han apresurado a escribir su correspondiente libro. Georg Zachariae, médico alemán enviado por Hitler a orillas del lago de Garda con la delicada misión de curar al recién rescatado Duce del fascismo, no ha sido la excepción. Ahora ha aparecido la versión española de su obra "Als Artz und vertrauter Freund bei Mussolini" (Médico y confidente de Mussolini) con el título más sensacionalista de "Las confesiones de Mussolini".

El libro no es una recopilación de anécdotas, como tantos otros al uso. Alemán al fin y al cabo, Zachariae no se detiene en estas minucias. Cala más hondo. Y si los primeros capítulos los dedica a hacer la historia clínica de su paciente, pronto abandona este camino y penetra en un análisis casi exhaustivo del político que tiene delante.

¿Cuáles eran los pensamientos, las intenciones, los anhelos del hombre que había tenido Italia en sus manos? ¿Qué juicio le merecían los que le habían rodeado? ¿Qué esperaba del curso de los acontecimientos? Si el propio Mussolini trató de contestar a todas estas preguntas en "Historia de un año", a Zachariae, su médico y confidente, iba a corresponder la tarea de complementar esa respuesta.

En todas las páginas de su obra, Zachariae remarca el amplio liberalismo de Mussolini. Para subrayarlo no vacila en establecer comparaciones que, como alemán, podrían resultarle penosas: "Por ser el Duce espiritualmente superior, podía ser más liberal en sus acciones y en sus pensamientos de lo que era Hitler y no pretendía, como era típico en el Führer, que solamente su juicio fuese considerado como el mejor". Según Zachariae, Mussolini nunca había sido un dictador en la más plena acepción de la palabra. Le había sobrado una cosa: la confianza. Le había faltado otra: la brutalidad. El mismo lo confesó en el curso de una conversación: "Comprendo que cometí un grave error cuando, durante la marcha sobre Roma, me detuve a veinte metros del Quirinal para llegar a un pacífico acuerdo con el rey".

Pero no todo el libro gira alrededor de los hechos pasados. A pesar de su situación casi desesperada, Mussolini pensaba en el porvenir. No para sí, sino para Italia, para Europa, para el mundo. A su nación le augura una etapa socialista, de un socialismo constructor cuyas semillas está echando él con su República Social.

Y al referirse al mundo, vuelve a insistir en la idea de su socialismo, "más humano, más practicable" que el socialismo de la II o el comunismo de la III Internacional. "A mi socialismo pertenecerá el mundo y no al socialismo o al comunismo de Estado. El hombre superior de Nietzsche, tal como me lo imaginó yo y la comunidad productora, no serán ya mutuamente enemigos".

Esta fué su última conversación de temas políticos con Zachariae. El médico alemán confiesa que las palabras del Duce lograron infundirle una esperanza en la feliz conclusión de la guerra. "Conclusión que tuvo lugar" — termina — "en la plaza de Loreto: un final de tragedia, sobre el que ha bajado el telón para siempre".

¿Para siempre?, nos preguntamos al finalizar el libro. Y sin querer, recordamos ese socialismo "más humano" que los Blum y los Spaack "idearon" hace algunos años. Pero otro día volveremos al tema. R.

ALFONSO COSTAFREDA: "NUESTRA ELEGIA" - Barcelona 1949

1.—Molesta decepción ha debido sufrir el poeta Alfonso Costafreda. Su exhortación, obediente al llamamiento íntimo, en vez de agitar el limpio y vivo medio que él deseaba, se ha escindido perdidamente en ecos mal recogidos por una crítica de asombrosa incompetencia. La incompresión y la ignorancia han llegado tan lejos en la crítica de "Nuestra Elegía" que resulta imprescindible consignarlas, arrancando para ello una parcela al ya reducido espacio de que disponemos. Porque los fenómenos sociales provocados por el poema son los que, siguiendo el sentido fundamental de "Nuestra Elegía", deben ser recogidos los primeros.

El selvático y no del todo voluntario entrecruzamiento de motivos teóricos con los hitos intuitivos del poema ha sido la causa de la desorientación crítica. Con todo, tal dificultad no puede justificar disparates como el encasillamiento del poema bajo la papeleta de "existencialismo" —juicio de un crítico que al dictarlo mostró junto a su incapacidad para leer poesías su ignorancia en cuestiones ideológicas.

La obra de Alfonso Costafreda, si ha de ser fichada ideológicamente, debe serlo como vitalista. Y no en el sentido obvio y trillado de la conversación corriente, sino en el más preciso de tecnicismo filosófico. Reúne suficientes motivos del vitalismo estricto para afirmarlo así —desde la originaria exaltación de la vida hasta la enunciación de una muerte franca y aceptada que no "deshonra" en nada al ser vivo.

2.—Recogida esta hebra corta y sin importancia, entramos en el difícil ovillo de "Nuestra Elegía".

Quede establecido que un aire ideológico general se desprende de la primera y sorprendente lectura. Por momentos sucumbe el lector a la impresión de un todo ideológico demasiado perfeto y trabado cuya maciza solidez es opresiva. Si los sillares conceptuales hubieran sido colocados por el poeta con el perfecto aplomo y equilibrio que a primera vista presentan, difícil sería ver en "Nuestra Elegía" la obra de un hombre joven. Antes bien, su perfecta plenitud, su pulida convexidad permitirían identificar la madurez de un dogma. Pertencería entonces realmente a la obra esa asombrosa perfección que ahora parece poseer, pero tras era no quedaría al poeta más que esta alternativa: el abandono de la poesía o el camino de Damasco.

3.—Mas ocurre que "Nuestra Elegía" no tiene en realidad esa perfección arquitectónica que con infrecuente admiración le concedemos en la primera lectura (1). Dos o tres imágenes —la imagen es la unidad dinámica del arte— dos o tres bellas, grandes, poderosas imágenes con valor de auténtico mito abren en la metálica muralla de "Nuestra Elegía" otras tantas saeteras que amplían el paisaje, lo enriquecen, lo perforan en profundidad y, sobre todo, presentan al poeta vía libre para futuro andar.

Subrayemos el principio del canto III. En el canto I la Muerte ha tentado al poeta para que la confiese y reconozca. El canto II ha

(1) Al decir "arquitectónica", me refiero aquí a la íntima trabazón espiritual del mensaje poético contenido en "Nuestra Elegía", no a su disposición externa. Esta, por cierto, merece algún reparo, toda vez que la interrupción por los cantos IV y V del líncal desarrollo seguido en los cantos I, II, III y VI encuentra difícil justificación. Tal vez la inclusión del IV sea totalmente justa, por la importancia de su motivo en un total desarrollo del manifiesto vital del canto III. Pero el canto V, destinado a reforzar el valor polémico del poema, le causa un daño apreciable al interrumpir el ascenso de tono psíquico iniciado en el III. A nuestro parecer, los temas polémicos del canto V habrían encontrado lugar oportuno en el canto I, con lo que, además, habrían reforzado y concretado la imagen del bosque petrificado que en éste aparece.

y para ganarlo tiene que trabajar en algo que esté en consonancia con sus fines. ¿Qué inconveniente hay en que se extienda el campo de operaciones, en que se atraiga al público y se le instruya deleitándole, como recomendaba Horacio, y sacándole los cuartos como recomienda el positivismo cruel de nuestros democráticos tiempos? Ninguno."

No está pues planteado el problema de la Universidad en el dilema clásico. Es algo más. Es la individualización de ese existir anodino, cansado y sin meta, lo que ya hace más de medio siglo preocupaba a los pensadores de nuestra Patria.

El tiempo no resuelve, agrava. Y con el tiempo hemos ido de mal en peor.

Habla Ganivet de lo que veía en Helsingfors y sueña con su lejana Universidad granadina. Pero "Todo esto es imposible en España, y por serlo dejo yo a los estudiantes en la Universidad bajo la dirección de sus profesores."

Y como él nos dejó, continuamos. Cada día, cada hora, un hombre más, un nombre más hace recuento de los errores y apunta salidas casi siempre viables. Y siempre —fatalmente— como si estuviéramos condenados a vivir en el bache de nuestra propia indolencia, esperamos —sin esperanza casi ya— al taumaturgo que ponga en marcha todo esto que en nosotros no funciona. Como si la fuerza para el milagro no la llevásemos nosotros mismos dormida — Dios sabe dónde — con un sueño de siglos.



completado el cuadro con nuevas intuiciones, reorganizándolo todo. Se acerca la vida en el canto III. ¿Y cómo se acerca, después de tanta blasfemia contra ella? ¿Golpeando furiosa a sus torpes enemigos, con toda la inflexibilidad de un dogma ideológico? ¿Violenta, tempestuosa, despectiva? No; la vida se acerca, a lo largo de su hermosa selva, engendrando "ondas de fuego que se esparcen dando su luz protectora a las piedras necesitadas", se acerca con los pájaros, en quienes se apasiona, se adelgaza, se cumple y se canta ella misma en los cielos.

Troneras también, abiertas sobre campos de insabido límite, los versos del canto II, 2, en los que el poeta ha cambiado eternas canciones con las ciudades perdidas y se ha sentido escalado por todos los seres vivos.

Algunas otras hay, cuya interpretación hace imposible la falta de espacio. Pero bastan las recogidas para apoyar nuestra esperanza de que el poeta se hunda más en la vena pura, de la que la mayor parte (en extensión) de "Nuestra Elegía" es sólo un brote considerablemente mezclado con las gangas difícilmente filtrables de ciertas infundada suficiencia teórica y algún inoperante orgullo de profeta.

4.—Pero nada de esto agota al río de allá abajo. Hay que decir al poeta que puede seguir hablando. Y no sólo por la satisfacción de haber lanzado el libro de poesías más importante de nuestro momento, sino también y principalmente porque todos andamos por ahí bastante secos, presintiendo ansiosos, aunque con mayor o menor disimulo (por el absurdo pudor enérgico de los hombres) el venturoso vuelo de la lluvia madrugadora. Y he aquí que, por las escotillas abiertas en la obra muerta de "Nuestra Elegía" adivinamos que el poeta Alfonso Costafreda puede enviarnos desde las nubes —esas nubes que se siguen riendo de Aristófanes— en forma ardiente, pero sencilla, más callada que en este poema el agua pura que nos enamora, para que en nosotros reviva la alegría, huya el duelo y rebrote la simiente interior.

M. S.

NOTAS A LA PRIMAVERA UNIVERSITARIA

Pocas semanas faltan para que se nos ofrezca de nuevo el nervioso espectáculo de todos los años: rostros más o menos demacrados, ojeras soñolientas y alguna que otra crisis nerviosa desatada por una excesiva dosis de excitante —el excitante, gran aliado del solemne examen; entre uno y otro consiguen rebajar el nivel intelectual universitario en más importante medida de lo que se cree.

Con cierta desgana acometemos el tema. ¡Tantas veces lo hemos tocado y oído! Pero nos ha correspondido repetir el manifiesto que, año tras año, lanza algún hombre sereno y paciente para recordar a todos la grave y profunda artificialidad que fundamenta y subyace a todos los defectos concretos de cualquier plan de estudios conocido. Es un deber desesperanzado pero no por ello menos exigente. Vamos pues a cumplirlo.

* * *

He aquí los exámenes, centrados, en la mayor parte de los casos, sobre un esfuerzo memorístico no solo estéril, sino incluso perjudicial —por igualar en el mismo disco voces distintas, por restar tiempo y energía al más auténtico trabajo de asimilación y recreación por imposibilitar casi en absoluto con su exagerada exigencia de tiempo la sana incursión por lecturas no especializadas o de otra especialidad.

Los exámenes, hitos peligrosos que rompen la continuidad del trabajo, que sustituyen por una momentánea ojeada lo que debería ser larga y constante mirada del maestro sobre el discípulo, son sin duda algo grave y pernicioso de por sí. Pero al mismo tiempo, son sólo una posición extrema y atrevida que toma en determinados momentos el movimiento general de separación de la vida que afecta gravemente a la Universidad. La caricaturesca imagen de un hombre dando suelta a una señal dada a diversos conocimientos en forma de ficha muerta es sólo un jalón extremo de toda una ruta mortecina.

Por cierto que últimamente se han multiplicado los síntomas de anquilosamiento en un momento gravísimo, en el que la Universidad, lejos de hacer crisis —lo cual la habría salvado— no ha esbozado la más ligera reacción. Me refiero a la conversión de determinadas carreras universitarias en meras inversiones de dinero o de inútil tiempo por parte de personas de ningún modo llamadas a ellas por la íntima voz. Mi anónimo predecesor de 1946 —hombre, a lo que parece, de excelente humor— expresó así el fenómeno: "Es tan grande la penuria intelectual de España que se hace preciso limitar el número de intelectuales" (1).

Esa cancerosa plenitud de las aulas —justificación del terrible mal de los exámenes, por ser éstos el único procedimiento viable para que un profesor reciba alguna noticia

de más de trescientos alumnos— está reclamando hace tiempo la separación de una enseñanza profesional fecundada por la labor de seminario y otra enseñanza también universitaria pero meramente cultural, reservada a quienes, deseando adquirir conocimiento de las materias en cuestión, carezcan de condiciones personales para su cultivo profesional. Condiciones personales determinables por métodos psicotécnicos puros y por pruebas mixtas universitarias informadas de un sano criterio psicológico-profesional. El numerus clausus para los estudiantes profesionales completaría el sistema (2).

Con la expuesta cirugía podría ser eliminada la hipertrofia de la matrícula oficial y —con ella— la necesidad de los exámenes memorísticos.

Indicábamos más arriba que los exámenes son la más clara concreción del enquistamiento de la Universidad. Su significación es efectivamente grande. Lo prueba el hecho de que su modificación o supresión sean el centro de cuantas reformas se emprenden con espíritu de verdadero estudio psicológico. (Puede estudiarse a este respecto la "Education Act" inglesa del 1944 y el reciente retorno de la Universidad rusa al sistema de exámenes con vistas a obtener especialistas más absolutos.) Pero, con todo, los exámenes no son el letargo mismo, sino sólo su efecto. La verdadera cuestión es, como tanto se ha dicho, el progresivo alejamiento de la vida que la Universidad ha llegado a cultivar como una virtud, obteniendo —como observábamos— el tremendo resultado de que lo menos vivo de la vida la invadía. (El lector recordará cómo desde el principio fué advertido de que

nuestra misión era repetir con la mayor buena fé un catecismo tan sabido e inobservado como todos los cateismos.)

La sencillez del hecho es razón de la dificultad radical que plantea. "La solución es realmente muy difícil. Habría que empezar por despertar en el seno de la Universidad un movimiento de conciencia, hacerla entender su nueva obligación y la urgencia y suprema importancia de cumplirla" (3).

—Habría que hacer entender a la Universidad que sus funciones vivas (sociales, directivas en general) abandonadas o perdidas casi desde el comienzo de la Edad Moderna, son un deber para ella.

—Habría que hacer entender a quienes están en la Universidad sin plena vocación, sin resolución de dedicar su vida al estudio profesional, que su camino no es precisamente el que involuntariamente obstaculizan.

—Y a la inversa, habría que hacer entender a quienes siguen vocacionalmente la vía universitaria que no les está permitida la reclusión humana en recintos aislados de la vida.

Cuando el Partido del Congreso hindú — el de Gandhi — llegó al poder, declaró que sus mayores esperanzas se hallaban fijadas en la reforma de la enseñanza preuniversitaria que preconizaba. El lector recordará tal vez que la reforma consistió simplemente en eliminar toda especialización intelectual prematura y en imponer a cada joven el aprendizaje de un oficio manual determinado por sus propias aptitudes y la artesanía preponderante en su región. La sencilla sabiduría del mahatma — ¿límite de cuantos Ganges fecundos? — sabía tomar hermosas y fecundas medidas vitalizadoras de la enseñanza.

Sabiendo que estas líneas, si bien carecen de eficacia inmediata, se suman a las que en otras fechas otras personas dirigieron hacia el mismo blanco y confiando en que ellas son, ni más ni menos, un escalón hacia la altura de nuestro deseo, concentremos en pocas palabras la fórmula con que este año aparece el mensaje de quienes esperan el vivo resurgir de una cultura universitaria refrescada:

La amputación del árbol universitario de aquellos brotes patológicos crecidos en él por efecto de anómalas influencias sociales deben complementarse con la medida de sentido inverso consistente en plantarle en plena calle, en plena ciudad, fábrica, suburbio, campo — en plena vida.

Ni que decir tiene que ambas medidas combinadas acabarían con estas tristes y nerviosas primaveras universitarias.



(1) "QUADRANTE. Los universitarios hablan". Número de enero de 1946.

(2) El lector examinará con provecho el artículo "Una necesidad urgente: ordenar la vida cultural española y dignificar las profesiones universitarias". Aparecido en el citado número de la revista "QUADRANTE".

(3) Eduardo de Alastruay: "La defensa de la formación humanista en la Universidad inglesa". "ARBOR", números 43 y 44.